



Hoy hubo una carrera de 'catboats' en Providencia. Bellísima. Cuatro esbeltos botes; cuatro tripulaciones. Poco viento, pero un reñido final. Alegría, entusiasmo y las inevitables discusiones y explicaciones de que pasó y por qué, parte integral del goce.

Lamentablemente –si mi amigo Teddy tiene razón– esta podría ser una de las últimas carreras de estos botes, que son de los pocos que quedan de una importante tradición marinera en el Caribe.

Dice Teddy, pescador y navegante como muchos isleños, que, con la muerte reciente de algunos dueños de 'catboats' y viejos capitanes, cada vez son menos los interesados en mantener la tradición, y los capaces de conservarla.

Porque más que los botes mismos, son un cuerpo de conocimientos, prácticas y relaciones sociales que cada vez menos personas comparten, y que muy pocos están aprendiendo. Así que relativamente pronto podría llegar el tiempo en que nadie sea capaz de manejar un 'catboat' y mucho menos construirlo.

Sin embargo, la mayor amenaza para su persistencia es la pérdida del espíritu deportivo que movía las carreras de 'catboats'. Estas probablemente se originaron en competencias amistosas entre pescadores, a ver quién llegaba primero luego de las faenas de pesca, donde entraban en juego las habilidades de los navegantes, la calidad de las embarcaciones y la reputación de los pescadores.

Más adelante, cuando los 'catboats' tradicionales, utilizados para la pesca y caza de tortugas, dieron paso a los botes especialmente diseñados para correr, el espíritu se mantuvo, y lo más importante siguió siendo el gusto por el deporte, y la oportunidad de compartir con los amigos. No obstante, últimamente son más importantes los montos de las apuestas que la diversión misma; el dinero entró a suplir el placer de la competencia.

Como dicen: "*money spail di sport*". Hoy, para que una carrera se lleve a cabo, deben mediar premios significativos en dinero, ya no rondones o botellas de ron que solían ser la base de las apuestas. Así, Teddy puede tener razón. Providencia y Santa Catalina seguirían entonces el camino de otros sitios donde los 'catboats' fueron importantes y hoy han desaparecido.

Como las islas Caimán desde donde, de hecho, llegaron los 'catboats' a nuestro archipiélago, pues fueron caimaneros, cazadores de tortugas, quienes, desde principios del siglo pasado, trajeron sus botes al Archipiélago, en busca de las tortugas ya escasas en sus aguas, por la sobrepesca.

A pesar de haberlos inventado y considerarlos un símbolo de su cultura, hoy en Caimán no quedan constructores y solo unos cuantos 'catboats', considerados reliquias, que ocasionalmente compiten como espectáculo turístico, no como actividad comunitaria importante.

Decadencia

Pero lo peor y más significativo es que la decadencia de los 'catboats' es indicio de un fenómeno más amplio, complejo y grave: la paulatina pérdida de la identidad marinera del Archipiélago, el descuido creciente de nuestro mar patrimonial, el olvido, propiciado por el mismo Estado, de que el mar es parte integral del territorio, porque es parte integral de la vida y de la cultura insular.

Así, se acepta con mayor facilidad o resignación la pérdida del mar ancestral y que el Estado maneje el mar como un baldío nacional, cuyos recursos se concesionan o regalan a discreción. Y se acepta que se desconozcan los derechos adquiridos por el pueblo raizal, que apropió

históricamente dicho mar en lo que es la verdadera fuente del derecho que Colombia, a su vez, puede argumentar sobre él.

Este desconocimiento ya costó en La Haya, y seguirá costando mientras no se corrija, de lo cual hay pocos síntomas.

Un proyecto para declarar la cultura marítima insular como patrimonio cultural inmaterial del Departamento, un valioso esfuerzo de actores locales apoyados por los ministerios de Cultura y de Ambiente, que permitiría adelantar acciones de salvaguarda de las diversas manifestaciones culturales asociadas al mar, duerme el sueño de los justos en alguna oficina de la Gobernación mientras, por contraste, licencias de pesca industrial se distribuyen generosamente, contra toda lógica, inclusive económica.

El mar es parte del territorio de las regiones costeras del mundo, en especial aquellas habitadas por pueblos donde la pesca artesanal es parte fundamental de la vida. No obstante, el derecho internacional del mar desconoce esta realidad, lo que ha obligado a muchos de estos pueblos a enfrentarse, a veces con éxito, a este modelo expropiatorio de mares y recursos.

Colombia, aunque no es signataria, aplica dicha ley en detrimento del Archipiélago y de todos los municipios costeros del país, y de sus habitantes, cuyos derechos llegan hasta donde empieza el mar, que desde allí es asunto de instancias estatales que raramente valoran lo que el mar significa para aquellos cuya cultura se ha desarrollado en contacto con él.

Colombia está en mora de reconocer el mar como parte del territorio de las comunidades étnicas y campesinas. Una presión del Archipiélago, en defensa del propio, podría ayudarle a emprender el camino correcto. Un primer paso sería que el reconocimiento dado a los 'catboats' como patrimonio insular se traduzca en su salvaguarda y conservación.

Pero para ello se necesita el compromiso de los diversos actores involucrados y las instituciones encargadas de velar por la cultura, pero sobre todo de constructores, capitanes, tripulaciones, dueños y admiradores de los 'catboats'. Ellos son los poseedores de la tradición; si no anhelan mantenerla, nadie podrá hacerlo por ellos.

Cultura marítima...

Escrito por Germán Márquez
Sábado, 24 de Junio de 2017 09:13 -

(*) Con la colaboración de Ana Isabel Márquez